

LA ECONOMÍA

De vuelta a la realidad, después de los días de la Semana Mayor, cabe mirar a la economía, máxime en un país donde el debate público normalmente es sobre aspectos ideológicos, que poco cambian la vida de las personas comunes.

Ya se sabe que el Gobierno recibirá menos ingresos de los que necesita para cumplir con el Plan de Desarrollo, no sólo porque el texto final de la reciente reforma tributaria no contempló todas las normas impositivas que habían sido diseñadas para tal propósito, sino

que además no hay proyección que pueda funcionar con las crecientes cargas por la atención de la inatajable migración venezolana, que seguramente se agravará con el paso de los días, hasta que sólo queden en Venezuela la clase de ciudadanos que el régimen de Maduro necesita para perpetuarse.

De la misma manera, aun cuando el presidente Duque ha dado la señal de que no cederá a los chantajes parlamentarios para la reedición de los tiempos de la mermelada, no se percibe un claro mensaje de en cuáles

ministerios y demás entidades nacionales se reducirán los gastos de funcionamiento.

Para el Gobierno debe ser frustrante haberse desgastado tanto en tan poco tiempo, como ninguno otro en los últimos decenios, por cuenta de la llamada Ley de Financiamiento que finalmente sirvió apenas para recaudar la mitad de los ingresos que necesitaba a fin de darle cumplimiento a las promesas de campaña.

A la vez, quedó demostrada la incapacidad de los gobiernos colombianos de sacar adelante una reforma tributaria integral y, por lo mismo, definitiva, que le dé estabilidad a las reglas del juego tributario en un país donde cientos de inversionistas extranjeros se niegan a traer sus divisas, por la incertidumbre que genera

una nación que se da el lujo de cambiar cada dos años sus esquemáticas tributarias.

De hecho, la reciente flexibilización de la regla fiscal que hizo el Comité Consultivo, es el reconocimiento más evidente que con la tortuosa Ley de Financiamiento no se alcanzó el objetivo de lograr la esperada estabilidad financiera, con lo cual se abre paso a escenarios indeseables desde el punto de vista de la fragilidad de la imagen presidencial, como son la venta de activos y un mayor endeudamiento. No nos imaginamos el calor del debate público por la eventual venta de acciones de Ecopetrol.

Sería preferible entonces pensar en mejorar el recaudo a partir de una lucha frontal contra la evasión de impuestos, así como en el conge-

lamiento o la reducción del gasto, y controles más eficientes para enfrentar la rampante corrupción a todos los niveles. Con razón, los ciudadanos están 'jartos' de pagar y pagar cada vez más impuestos, para ver cómo cada vez más y más se roban sus contribuciones por vía de la corrupción y el despilfarro por la falta de planeación o por la incuria estatal.

Si la credibilidad de las finanzas públicas va a depender, según la agencia Moody's, de mantener una relación de deuda estable, una disminución de los déficits fiscales, un crecimiento en torno al 3,5% y ninguna depreciación brusca de la moneda, es tiempo que el Gobierno vaya mostrando con mayor claridad hacia dónde nos moveremos en los temas económicos.

“Con razón, los ciudadanos están ‘jartos’ de pagar cada vez más impuestos, para ver cómo cada vez más se roban sus contribuciones por vía de corrupción...”

Augusto Lemaitre Cepeda*



@ALemaitre

“GALLO QUE NO VA A PELEAR...”

Comprender la lengua y la picaresca de cualquier comarca es en ocasiones un reto. Colombia tiene un argot muy diverso en todos sus rincones. Es así como la sabiduría popular toma cuerpo en frases, dichos y adagios que facilitan la conexión de forma descomplicada. Tanto políticos como compositores e intérpretes de vallenato, champeta, porro y otros aires han entendido que lo autóctono es lo que logra un vínculo inquebrantable con las masas.

Recordemos el video de la actriz Aída Bossa a finales del año pasado saludando a un primo desde las compuertas del Canal del Dique. El estribillo “la gente del pueblo, la gente del pueblo” rematado con ese grito de vaquería, retrató la verdadera esencia del Caribe alegre y tropical. Lo que algunos tildaron de coronchería, no es más que la manifestación espontánea de toda esa bacanería que nos define como sociedad, como pueblo. ¿Habrá algo más bello que esto?

Cosa distinta fue el tremendo bololo que se armó hace unos días entre la senadora Paola Holguín, del

“¿Somos conscientes de la cantidad de dichos, palabras inventadas, onomatopéyicas, adaptaciones de otros idiomas, groserías suavizadas y barbarismos...”

Centro Democrático, con Yohir Akerman, columnista de un diario nacional. “Yo no pateo perro muerto”, fue el popular refrán que trino la senadora para zanjar el episodio derivado de un escrito virulento que el columnista le dedicó a raíz de una valla que ella puso para criticar la Justicia Especial para la Paz.

La frase de la discordia fue de inmediato asumida por los antiirribistas como una amenaza hacia la integridad y vida del columnista, y contra la libertad de prensa. Las redes sociales enloquecieron con el episodio, confirmando que estas plataformas son el alcantarilla por la que fluye lo peor de la condición humana. Asquea la abundancia de insultos, amenazas, mentadas de madre e improprios que vienen y van nutridos por el odio, el sentimiento predominante en estos tiempos. Si la senadora hubiese escrito en su lugar que “águilas no cazan moscas” —otro popular dicho— dando a entender que no pretendía ocuparse de asuntos menores tales como la citada columna, ¿se hubiese formado tanto zaperoco? “Gallo que no va a pelear que no entre a la gallera”, sería el consejo del maestro Juancho Torres al ritmo del porro ‘María Palito’, para todos los que a diario protagonizan furruscas en las redes.

Y esto invita a una reflexión: ¿somos conscientes de la cantidad de dichos, palabras inventadas, onomatopéyicas, adaptaciones de otros idiomas, groserías suavizadas y barbarismos que empleamos a diario?

La lista es infinita y eso es lo que hace de nuestra forma de expresión una vaina espectacular; pero no por ello podemos olvidar que el ejercicio comunicacional en redes sociales obliga a observar la compostura y a ser medidos en lo que se opina. Los Betos, por allá en los años 80, decían en ese vallenato sabroso llamado ‘Por jugar al amor’, que “el que dice lo que quiere le toca escuchar lo que no quiere”.

*Director de Portes

EL UNIVERSAL

FUNDADO EL 8 DE MARZO DE 1948

Fundador: Domingo López Escauriaza
Gerente General: Gerardo Araújo Perdomo

Director: Nicolás Pareja Bermúdez

Editor: Javier Ramos Zambrano

Miguel Yances Peña*



movilyances@gmail.com

LA SÚPER CÉLULA

Es solo una célula, cierto, ¡pero es una célula súper especial!

Primero, porque se construye a partir de dos mitades: una la porción del hombre, y la otra mitad, la mujer; es decir, tiene dos dueños. Segundo, porque esa nueva célula tiene una característica especial: se va a convertir, muy rápidamente, mediante divisiones sucesivas, en un complejísimo organismo nuevo, inteligente, creativo y autónomo; preparado para transformar el entorno vivo e inerte, y para reproducirse, haciendo posible que la especie se perpetúe. Y tercero, porque salvadas excepciones, ese organismo nuevo será superior evolutivamente, a los que le dieron origen: sus progenitores.

No es verdad, como afirman las feministas, que se trata de un montón de células que la mujer que le da hospedaje, puede expulsar sin más consideración que su voluntad; dízque porque ellas son libres, autónomas y ‘dueñas de su cuerpo’. En la práctica proceden así, pero pretender convertirlo en un derecho, no. Eso merece una reflexión profunda, que debe ser abarcada desde el punto de vista moral, antropológico, social y emocional. Ellas pueden ser dueñas de su cuerpo, todos lo somos, pero así como un hotel no es dueño de sus huéspedes, no son dueñas de esa ‘súper célula’, de ese nuevo ser. Para ser justos, esa célula es dueña de sí misma.

Ese es un punto. El otro es que la mujer (la hembra en todo el reino animal, miren no más a las abejas) es protegida por la comunidad, que sabe que, sin ellas, motivo y fuente de amor, la humanidad sería muy triste y desgraciada (a quien cantarle y escribirle poemas, por ejemplo), y la especie humana desaparecería. También es ella el actor principal en la selección natural, y en la evolución de la especie. Salvo, quizás las perras, que se aparean con cualquier macho (de ahí que sea sinónimo de prostituta) en el reino animal la hembra selecciona el más apto para aparearse; la mujer, según el medio en que se encuentre, el más guapo, fuerte, inteligente o adinerado, y el ovulo a su vez, el primero entre los millones de pretendientes que compiten por fecundarlo. En otras palabras, la mujer escoge el mejor haciendo posible que la descendencia supere a sus progenitores. Ese algoritmo femenino de optimización, creo yo, es el culpable de su patológica inconformidad.

Y, por último, ¿para qué quieren poder si tienen en su naturaleza (en sus algoritmos) el ‘más grande’ de todos los poderes: el del amor y la seducción? Los políticos lo reconocen así, y lo fingen en busca de votos que le den poder. Bueno, para ser justos, de Uribe para acá son racionales. Y no creo equivocarme al decir que todo lo que el hombre hace (al menos mientras esté apto) es buscar mujer en la que depositar sus genes: poder, dinero, admiración, todo está subordinado, o es un medio para conseguir ese fin.

*Ing. Electrónico, MBA.



Henry Vergara

hvsagbini_26@yahoo.es

EN ARJONA NADIE OLVIDA A MANUELITA

El 13 de marzo de 1775, cumpliendo órdenes del gobernador de la provincia de Cartagena de Indias, el insaciable ‘Fundador de pueblos’, don Antonio De La Torre y Miranda, recordado por sus dotes académicas y humanísticas, decidió fundar a Arjona, reorganizando poblados dispersos, desarrollados sin Dios ni ley.

Apareció entonces don Bartolomé de Arjona, quien no solo cedió amplios y fértiles terrenos para fundar el nuevo asentamiento, también regaló su hidalgo apellido de Alférez Real.

La conquista española esparció, a sangre y fuego, semillas perpetuas de odio y resentimiento; por el contrario Arjona germinó noble y erguida, colocándole a todo aquel que naciera en su nido, la impronta de luz que distingue al arjonero.

Arjona, además, fue escenario del último capítulo de los tormentosos amores de Manuelita Sáenz y esta es la historia: con el cadáver de Bolívar aún tibio, por orden expresa de Francisco de Paula Santander, a ‘La Libertadora de El Libertador’ la sacaron a empellones camino al destierro. El 13 de enero de 1830 salieron de Guaduas, escalando en Arjona para proveerse de agua y vituallas, pues en Pasa Caballos, muy cerca de Cartagena, la aguardaba un navío expresamente fletado hacia Jamaica.

Pero el largo y penoso viaje, como un trapiche, extrajo de su cuerpo,

más no de su espíritu, hasta la última gota de fortaleza; inmediatamente una familia misericordiosa la acogió en su hogar; y entre cobijas e infusiones de hierbas sudó la fiebre, renovándole la astucia.

Costaba trabajo entender que el traslado de aquella pequeña dama estuviese rodeado a las mismas precauciones reservadas a los tigres enjaulados, criminales de guerra o al temido Lucifer.

Pero ocurrió un hecho inesperado: cuando los guardianes, apuntándola con sus fusiles, le ordenaron reiniciar el viaje, reverdecíó el espíritu bolivariano de los arjoneros, quienes blandiendo palos y machetes exigieron respeto a Manuela y tiempo suficiente para su recuperación. “Me estoy muriendo”, le dijo la indómita quiteña al Alcalde, mientras lo atrapaba en las redes de su legendario sortilegio.

Ahora su enfermedad, mitad cansancio, mitad estafa, le permitiría, con la complicidad de las autoridades, recorrer a escondidas, durante muchísimas madrugadas, las callejuelas de Cartagena, y despedirse de la ciudad que cubrió de gloria a su adorado Simón. Lo cierto es que Manuelita jamás se marchó de Arjona: su mandarina y arrebatos amorosos palpitan aún en cada pétalo, en cada cuna, en las caderas incandescentes de sus mujeres y en los sabores de sus bollos de mazorca.